

A sepia-toned photograph of a man with a beard, wearing a cowboy hat and a plaid shirt, playing a guitar. He is looking to the right. In the background, another person is partially visible, also playing a guitar. The scene is set outdoors, possibly on a street or in a public square.

Noticias de la Revolución a través del corrido

Guadalupe Isabel Carrillo Torea *

A casi cien años de los acontecimientos que configuraron lo que se ha denominado Revolución Mexicana, tenemos la oportunidad de reflexionar no sólo acerca de la evidente trascendencia que el fenómeno produjo en el país que le dio origen, sino también del eco que proyectó en el resto de América Latina.

Vine a México hace seis años. Como venezolana que soy, sentía, claro está, una gran admiración por el pueblo mexicano, por sus costumbres, su alegría, por su herencia prehispánica que aún no deja de causar asombro. Sin embargo, cuando uno como extranjero, se adentra en las raíces de la mexicanidad, de los habitantes que hoy viven y luchan en su tierra, se entienden aún más las razones que edificaron el movimiento revolucionario de las primeras décadas del siglo XX.

Las diferencias sociales aún presentes laceran profundamente el cuerpo social en todo el país. México, país de luchadores, de gente que no se deja vencer, está construido a base de contradicciones. Sin embargo, son ellas las que, a modo de imán, llaman la atención de quienes nos acercamos a sus espacios. Pero, ¿cómo capta un extranjero el espíritu genuino de la Revolución? La literatura que generó la Revolución Mexicana es muy abundante. Intelectuales de la época sintieron la urgencia de puntualizar al detalle los testimonios de propios y ajenos, en las cruentas luchas que durante diez años prácticamente destruyeron todo el territorio nacional.

Así, los grandes escritores de la época Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela o Mauricio Magdaleno, entre otros centraron su atención en el pueblo, protagonista privilegiado del fenómeno. Las masas antes anónimas, se entronizan como elemento fundacional de lo que ocurría y de la literatura que estaba produciéndose. El grito de “Tierra y libertad” sólo podían proclamarlo las clases desfavorecidas, que para la época eran prácticamente ochenta por ciento de los habitantes del país. Por ello, obras como *Los de abajo*, de Mariano Azuela, *Memorias de Pancho Villa*, *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, o *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, dan cuenta de las experiencias vividas por los campesinos que al hacer parte del ejército de rebeldes, se enfrentan a una lucha sorda y despiadada.

En el transcurso de la década revolucionaria el enfrentamiento entre unos y otros se hace cada vez más duro; no sólo hay asesinatos masivos o traiciones de amigos o conocidos, además la pobreza y la desventura ha ido acabando con los que aún sobreviven. El pueblo campesino debe también aceptar la imposición de la “leva”, esto es, la llegada de los ejércitos revolucionarios que se llevaría a chicos de hasta 12 o 14 años de edad para que tomaran las armas y se enfrentaran al contrario como adultos. Incluso las mujeres asumen diferentes roles al ser admitidas como soldados activos que ascenderán a Coronelas o Generalas. El papel de la mujer en la revolución es extraordinariamente sui generis: por una parte, sigue siendo el centro de atención del soldado que siente por ella una pasión desmedida, al extremo

de ofrecer la vida por su amor; por otra, la mujer es la gran luchadora, tan valiente y aguerrida como cualquier gran militar.

¿Cómo podemos, como extranjeros, captar todas estas peculiaridades? La minucia que calladamente fue dibujando a la Revolución la encontramos en las obras literarias de la época, a las que ya se ha hecho mención. Sin embargo, éstas no son del dominio popular. Lo que realmente trasciende al exterior, lo que cualquier ciudadano de a pie recibe claramente como noticia fresca que ha sabido captar el espíritu propiamente revolucionario es el corrido, las coplas, en definitiva, el canto popular. “La Valentina”, “La Adelita”, “La Rielera” son canciones con las que crecemos venezolanos, colombianos, argentinos... y que asumimos como parte de nuestro folclore latinoamericano.

Todas estas expresiones están impregnadas de un sentido amoroso que redime cualquier desaliento, hablan de la guerra como lugar común y, en cada batalla, brota como lema el espíritu de fidelidad a la patria: “Soy soldado y la Patria me llama / para sus campos, que vaya a pelear, / Adelita, Adelita de mi alma, / no me vayas por Dios a olvidar.” De esta manera, el espíritu patrio está indefectiblemente vinculado a la lucha y ésta al ánimo arrojado, muy cercano al proverbial sentimiento machista mexicano. Así se dirá en la Rielera: “Tengo mi par de pistolas/ con sus cachas de marfil, / para agarrarme a balazos/ con los del ferrocarril” (1992: 421).

La fidelidad a lo nacional, al campo, al amor en medio de la lucha, se ve entremezclado con la presencia de la muerte como otro elemento más de lo que la revolución trae consigo diariamente: “Valentina, Valentina, / rendido estoy a tus pies; / si me han de matar mañana / que me maten de una vez /” (1992: 398). El sentido de cercanía con la muerte propio de la cultura prehispánica, es en la actualidad una constante cada vez más arraigada y constituye una de las características de la identidad del mexicano. La celebración del día de muertos en el país es una de las más populares y célebres. Se come pan de muerto, se regalan calaveras de azúcar, se levantan altares en los que, simbólicamente, se colocarán detalles que gustaban al difunto; y el día primero de noviembre el cementerio es un lugar de fiesta: están convocando a sus muertos.

Los elementos antes mencionados que hoy siguen constituyendo el perfil del mexicano, tienen su raíz en los acontecimientos de la revolución o sencillamente encontraron un modo de afianzamiento a través de ella. La valentía, el amor desgarrado, la temeridad y el coqueteo con la muerte son algunos de los matices que dibujan su rostro. Cualquiera que se acerque, pues, a México sabrá con anticipación quien vendrá a su encuentro. A cien años de su consumación, la Revolución no sólo modificó el rumbo social del país, sino que cinceló una nueva forma de ser, más sufrida, pero siempre en pie.

La fidelidad a los principios revolucionarios configuró en los mexicanos de entonces y aún en los de hoy un sentido de compromiso ineludible en el que puede estar de por medio la vida: “Con mi treinta treinta me voy a alistar / y engrosar las filas de la rebelión, / para conquistar, conquistar libertad/ a los habitantes de nuestra nación. / Con mi treinta treinta me voy a pelear/ y a ofrecer la vida en la revolución, / si mi sangre piden, mi sangre la doy / por los habitantes de nuestra nación (1992: 399).

Junto a los corridos más populares encontramos otros que se convierten en verdaderos testimonios históricos de los hechos ocurridos. El titulado “La toma de Zacatecas” de creación anónima, explica no sólo lo acontecido sino que también asume una postura favorable al ejército villista y muy crítica hacia Victorino Huerta, ministro de guerra del presidente Madero y posterior usurpador de la Presidencia de la República. Así leemos: “Las calles de Zacatecas / de muertos ya tapizadas, / lo mismo estaban los cerros / por el fuego de granadas. / ¡Ay! hermoso Zacatecas, / mira cómo te han dejado / la causa fue el viejo Huerta / y tanto rico hacendado, / Ahora sí, borracho Huerta, / harás las patas más chuecas / al saber que Pancho Villa / ha tomado Zacatecas” (1992: 400-401). La toma de Zacatecas fue uno de los acontecimientos más célebres de la Revolución ya que con ello se afianzaba el dominio de los insurgentes ante la autoridad imperante. La ciudad, sin embargo, famosa por su belleza urbana, quedó prácticamente en ruinas.

“La muerte de Emiliano Zapata”, corrido también de carácter testimonial, narra de qué manera asesinan al gran héroe de la revolución. Con las características propias de los corridos históricos, en éste se dan fechas y lugares, se explicita el modo en que le dieron muerte a Zapata, pero sobre todo se exalta su figura, enaltecéndola e idealizándola:

*Abril de mil novecientos
diecinueve, en la memoria
quedarás del campesino
como una mancha en la historia.*

*Campanas de Villa Ayala,
¿por qué tocan tan dolientes?
Es que ya murió Zapata
Y era Zapata un valiente.*

*Nació entre los pobres,
vivió entre los pobres
Y por ellos combatía,
No quiero riquezas,
yo no quiero honores,
A todos les decía.*

*Cuando acaba la refriega
Perdona a los prisioneros,
A los heridos los cura
Y a los pobres da dinero.* (1993: 414-415)

Esta es, pues, una breve mirada a algunos de los corridos más representativos de la Revolución Mexicana. El sentido de identidad que brota de ellos ha sabido proyectarse por todo el Continente, y más allá de él. Se trata de una grata manera de conocer, entender y rozar el ser del mexicano actual, heredero de luchas pasadas.

* Profesora-investigadora, Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México. Candidata a Doctora en letras por la UNAM. E-mail: gict@uaemex.mx